

de Crónica  
*Córdoba*  
y sus Pueblos  
**XVII**



*Córdoba, 2010*

Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales



Crónica  
*de* Córdoba  
*y sus Pueblos*

XVII

Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales

Servicio de Publicaciones de la Diputación de Córdoba

Córdoba, 2010



## **Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales**

### **Crónica de Córdoba y sus Pueblos, XVII**

#### **Consejo de Redacción**

##### **Coordinadores**

Juan Gregorio Nevado Calero

Fernando Leiva Briones

##### **Vocales**

Manuel García Hurtado

Miguel Forcada Serrano

José Manuel Domínguez Pozo

Antonio Alcaide García

Edita: Asociación Provincial Cordobesa de Cronistas Oficiales

Foto Portada: Fachada del Ayuntamiento de Lucena (Córdoba)

I.S.B.N.: -13: 978-84-614-5925-4

Imprime: IMPRENTA MADBER, S.L  
Pintor Arbasia, 14 Local  
Telf. 957 27 72 80  
14006 CÓRDOBA

Depósito Legal: CO - 1.467 - 2010

# Julio Burell periodista y político: dos calas en sus relaciones humanas (Emilia Pardo Bazán y Francisco de Paula Canalejas Casas)

Antonio Cruz Casado  
*Cronista Oficial de Iznájar*

## 1. Un ministro iznajeño, don Julio Burell y Cuéllar (Iznájar, 1895 - Madrid, 1919) crea una cátedra universitaria para doña Emilia Pardo Bazán (La Coruña, 1851 Madrid, 1921)

Es posible que el nombre de don Julio Burell y Cuéllar no diga casi nada a muchos de los lectores de esta publicación. Y sin embargo, fue uno de los políticos más destacados de principios de siglo, que se inició como periodista, y que dejó su huella en nuestras letras, incluso como personaje literario. Su reflejo degradado se aprecia en el esperpento *Luces de Bohemia*, de don Ramón María del Valle-Inclán, concretamente en el personaje de don Paco, el ministro que ayuda al desgraciado Máximo Estrella, como se sabe<sup>1</sup>, contrafigura de Alejandro Sawa.

Julio Burell y Cuellar (Iznájar, 1 de febrero de 1859 - Madrid, 21 de febrero de 1919) es un personaje relevante, tanto en el mundo del periodismo como en el de la política, aunque para él, según confiesa en una entrevista a “El Caballero Audaz” (José María Carretero y Novillo), el famoso novelista montillano, afincado habitualmente en Madrid, lo más importante es su carrera periodística:

“- De todo lo que ha hecho usted en la vida, ¿qué es lo que más le agrada, maestro? Sin vacilar, con su vozarrón, que retumba en el despacho, exclama:

- ¡El periodismo! Eso usted lo sabe bien. Es algo que se mete como un sutil veneno en la sangre y va destruyendo, poco a poco, todas las demás ilusiones... El hombre que, en su juventud, respira ese olor acre de las tintas de imprenta del periódico recién salido, ¡ya no tiene solución ni remedio!... La literatura y el periodismo son para nosotros como la droga para el morfinómano... Se sabe que nos va a quitar la vida y no podemos prescindir de ella”<sup>2</sup>.

1 Sobre Alejandro Sawa y su contexto histórico y vital es fundamental ahora el espléndido libro de Amelina Correa, *Alejandro Sawa, luces de bohemia*, Sevilla, Fundación José Manuel Lara, 2008.

2 El Caballero Audaz, *Galería. Más de cien vidas extraordinarias contadas por sus protagonistas y comentadas*, Madrid, Ediciones El Caballero Audaz, 1948, vol. IV, pp. 265-271.

En el terreno de la política, desde 1887, con unos 27 años, es diputado por diversos distritos, entre los que están el de Córdoba, el de Linares-Baeza y el de La Cañiza, en Galicia. Más tarde obtendrá el cargo de gobernador civil de Jaén y posteriormente de Toledo, en 1901, momento en que será visitado por diversos intelectuales del 98; de este hecho queda reflejo literario en algunas obras de principios de siglo, como ocurre en el *Diario de un enfermo* (1901), de Azorín. Allí escribe el maestro levantino:

“Esta noche he comido con el gobernador. Este gobernador, antiguo amigo, es un sutil artífice de la prosa, que poco a poco se va apagando.

Del férvido artista, sincero y reflexivo, ya apenas quedan en él rastros. El ambiente de la política, el diario trato y continuo sobo de politicastos y cínicos mangoneadores, van amenguando su fe de antaño, sus ansias juveniles de Ideal. Todas mis charlas con él, estos días, han sido un silencioso análisis. Siento ante él la angustia que se siente ante un ser querido que se muere.

Y se muere. Solo, desamparado en esta ciudad muerta, perdida la fe en el consolador trabajo literario, ansioso de medro, nostálgico de la febril vida del Casino y del Salón de conferencias, mi amigo pasea hastiado por las anchas salas de este destartado caserón, recibe automáticamente a las comisiones, saluda, habla, sonríe con penosa violencia.

En el despacho oficial, tomamos café. A través de las esmeriladas bombas, suavemente matizada, la luz baña los largos divanes, la mullida alfombra a grandes flores amarillas, la mesa cargada de cartas, telegramas, antipáticos expedientes. Sobre el rojo peluche de un diván, destaca reciamente la blancura vivísima de una almohada. Mi amigo se recuesta: hablamos, divagamos, monologamos en el silencio desolador de la ancha sala...”<sup>3</sup>.

Su época más importante en el mundo de la política tiene lugar a partir de 1910, año en que es nombrado Ministro de Instrucción Pública. Un nuevo nombramiento para la misma cartera tiene lugar en 1915; es en este momento cuando abre la enseñanza universitaria a la mujer e incluso crea una cátedra para que imparta clases en la Universidad Central de Madrid doña Emilia Pardo Bazán, que no había conseguido ser nombrada académica de la lengua, a pesar de sus grandes merecimientos. Así lo recuerda Carmen Bravo-Villasante en la biografía de la insigne escritora gallega:

“Uno de estos varones fuertes y generosos fue el ministro de Instrucción Pública don Julio Burell, que firmó un decreto permitiendo a la mujer ejercer todos los cargos del Ministerio de Instrucción Pública. Burell firma, asimismo, contra viento y marea, el decreto por el que nombra a doña Emilia Pardo Bazán catedrático de Lenguas Neolatinas en la Universidad Central. Ante la posibilidad de que una mujer explique literatura en las aulas universitarias, el Claustro de Profesores se presenta ante el ministro para protestar con fiera doctrinal por la arbitraria decisión.

Sin oposición, sin concurso, don Julio Burell ha creado la plaza para la condesa. Cierto es que se sale de las normas establecidas, pero ¿acaso había otro modo de hacerla catedrática? Por oposición jamás lo hubiera sido, aun siendo la mejor. Intereses creados,

---

3 Azorín, *Diario de un enfermo, Novela completa*, ed. Miguel Ángel Lozano Marco, Madrid, Espasa Calpe, 1998, tomo I, p. 196.

prejuicios de sexos, hostilidades ancestrales hubieran vedado la entrada de la mujer en la Universidad, como existe el veto, sin que haya ley, para la Academia. Los catedráticos protestan, y don Julio Burell tronante, con su vozarrona estentórea, les dice:

“- No son ustedes dignos de desatar el cordón de su zapato”.

Ordena y manda. Y la condesa es catedrática. La primera catedrática de la Universidad, como fue la primera socia de número del Ateneo, y la primera presidenta de la Sección de Literatura, y la primera profesora de la Escuela de Estudios Superiores”<sup>4</sup>.

Claro que casi todo son problemas para las mujeres intelectuales de entonces. Doña Emilia no conseguirá nunca entrar en la Real Academia de la Lengua, y entre los que se oponen figuran destacados escritores del momento. En cambio, Burell sí será nombrado académico sin ningún obstáculo, en 1917, cuando falta ya poco para su fallecimiento, que tiene lugar, como se ha indicado, en febrero de 1919. Poco después, en 1920, Valle-Inclán publica la primera versión de *Lucas de Bohemia*, cuando está aún bastante cercano el recuerdo del político iznajeño y allí, oculto en la figura del ministro don Paco, que presta ayuda al desgraciado Máximo Estrella, contrafigura de Alejandro Sawa, como apuntábamos, se puede percibir la personalidad un tanto bondadosa y al mismo tiempo descuidada, en lo que al aspecto físico se refiere, de don Julio.

Mucho más tarde, uno de los alumnos de doña Emilia en la Universidad Central de Madrid, la que sería luego la Universidad Complutense de Madrid, en la que impartía clases de literaturas neolatinas, como se ha indicado, recuerda así sus clases:

[Doña Emilia] fue nombrada profesora del doctorado sin oposición, como había ocurrido ya en otros casos; se la nombró profesora de literaturas neolatinas. En realidad la literatura que explicó fue la francesa. Esta asignatura era voluntaria y, por tanto, ningún alumno se gastaba el dinero en matricularse. Pero, al acabar mi licenciatura, me encontré con que había sacado matrículas de honor suficientes y aún me sobraba una; en vista de esto la apliqué a la cátedra de doña Emilia.

Doña Emilia tuvo que pasar por la preocupación de que, siendo profesora catedrático o catedrática como se discutió mucho entonces en los periódicos- de literaturas neolatinas, no tenía alumnos; era un catedrático sin alumnos. Esto se remediaba porque las conferencias, que recuerdo eran alternas, debido a la personalidad de doña Emilia, tenían un público ajeno a la universidad. Ella, para asegurarse de todas maneras una concurrencia y no tener que cerrar la cátedra por absoluta carencia de oyentes, invitaba a un buen número de muchachas y señoritas de la buena sociedad, amigas suyas; de manera que la cátedra de doña Emilia, hasta que yo llegué, fue una cátedra extrauniversitaria; no había ni un solo alumno matriculado oficialmente. Por eso, cuando le comunicaron que en aquel curso contaba con un alumno oficial, su alegría y asombro no tuvieron límites y me acogió en palmitas, como algo caído del cielo.

Recuerdo muy bien las clases de doña Emilia. No hablaba; llevaba una notas muy largas y abundantes que leía, diciendo algunas frases para enlazar las notas entre sí; en realidad era una clase de lectura más que una clase hablada; trataba de literatura francesa

4 Carmen Bravo Villasante, *Vida y obra de doña Emilia Pardo Bazán. Correspondencia amorosa con Pérez Galdós*, Madrid, Novelas y Cuentos, 1973, p. 294.

y seguía fundamentalmente el manual de Brunetière. Recuerdo que una de aquellas señoritas, que estaba sentada junto a mí, un día me dijo en voz baja:

-Pero usted no toma nota de lo que dice doña Emilia...

-Señorita -le susurré-, tengo el libro de Brunetière, que es lo que está recitando.

A la salida de clase, doña Emilia se quedaba sola conmigo y me invitaba a dar un paseo en su hermoso landó con dos caballos por el paseo de coches del Retiro. Yo aceptaba muy gustoso; luego tomábamos un helado en una especie de pastelería o confitería que había en el paseo de coches, entrando por la calle de Alcalá, a la izquierda, y siempre surgía una ligera discusión porque doña Emilia me quería convidar; yo le hacía ver lo feo que hubiera sido que una señora me pagase la merienda, y eran muchas las bromas que gastábamos sobre esto<sup>5</sup>.

Obviamente, la eximia condesa gallega no sale muy bien parada de estos recuerdos del luego importante crítico literario don Pedro Sanz Rodríguez (1898-1986), pero lo que sí nos parece relevante es que la figura de esta gran escritora abriera en cierto sentido la docencia universitaria a la mujer española; y este hecho, que a estas alturas nos parece tan normal, en su momento provocó crispaciones y enfados sin cuento entre la reaccionaria corporación de los profesores de la universidad madrileña.

Y todo ello fue posible gracias a la voluntad ministerial de un periodista y político iznajeño, que consiguió también numerosas mejoras en el sufrido cuerpo de los maestros de primera enseñanza; por eso, no nos ha resultado extraño, sino más bien una delicada muestra de gratitud, encontrar entre la relación de las personas que mandan coronas al entierro de Julio Burell el nombre de la Condesa de Pardo Bazán. Así lo reseña *La Correspondencia de España*; el citado diario madrileño informa de que algunas de las coronas que acompañaron el féretro procedían de la Asociación de Escritores y Artistas, de la Asociación de la Prensa, de la condesa de Pardo Bazán, del Ayuntamiento de Linares y del Cuerpo de archiveros<sup>6</sup>. *ABC* menciona, entre otras coronas, la que envía D. Cristóbal de Castro<sup>7</sup>, el conocido escritor iznajeño que tantos favores debía también a su ilustre paisano, el ministro Burell.

Y es que, tal como lo refleja nuestro refranero, de bien nacidos es ser agradecidos, y entre las numerosas cualidades de doña Emilia también se encontraba este rasgo positivo.

---

5 Pedro Sáinz Rodríguez, "Emilia Pardo Bazán", *Semblanzas*, Barcelona, Planeta, 1988, , p. 15.

6 *La Correspondencia de España*, 23 de febrero de 1919, p. 3.

7 "Julio Burell ha muerto", *ABC*, 22 de febrero de 1919, p. 16.



## 2. Julio Burell recuerda a su maestro Francisco de Paula Canalejas Casas (Lucena, 1834 – Madrid, 1883)

*A don Antonio Ginés, mi primer maestro,  
y a don Francisco López Estrada, mi último maestro.  
In Memoriam.*

Entre las múltiples cualidades humanas de don Julio Burell y Cuéllar (Iznájar, 1959 – Madrid, 1919) debe figurar la gratitud, el agradecimiento que debemos a otras personas. Ya nuestro refranero indica que “es de bien nacido el ser agradecido” y, en ese sentido, nuestro ilustre paisano se manifiesta como tal en el artículo que rescatamos hoy, publicado originariamente hace más de cien años, en 1894. Y no es muy usual el cultivo de la gratitud, ni tampoco su expresión escrita, como puede observarse en este texto de Burell, escrito nada menos que once años después de la muerte del que él considera su maestro y guía en los inicios de su carrera, el lucentino Francisco de Paula Canalejas Casas (Lucena, 1834 – Madrid, 1883).

No es frecuente que un discípulo recuerde gratamente a su maestro al cabo de tantos años; y el refranero, que suele tener su parte de razón, como fruto de la experiencia anónima de muchas generaciones, dice al respecto sangrientamente: “Al maestro, puñalada”. Pero, por fortuna, no siempre es así<sup>8</sup>. En muchas otras ocasiones encontramos valorada positivamente la función y la figura del maestro. Recordemos, por ejemplo, un fragmento que pone de relieve la importancia del enseñante en la vida de cualquier persona: “Después del ser que debemos a nuestros padres, ningún beneficio más grande pueden hacernos, ni mejor servicio rendir al Estado, que el procurarnos una sólida y esmerada educación: beneficio que nunca podremos ni sabremos agradecer ni apreciar debidamente. Sin la educación, nos diferenciaríamos poco de los brutos y las bestias feroces que habitan las selvas y los montes; de cuya semejanza nos desviamos tanto más, cuando más cuidadosa y atendida ha sido aquella desde un principio”<sup>9</sup>. (Y al hilo de estas reflexiones de un teórico del siglo XIX, José Sesé y Beltrán, fechadas en 1813, vaya ahora nuestro recuerdo emocionado a don Antonio Ginés y a don Francisco López Estrada, cuyos nombres beneméritos encabezan estas líneas).

---

8 Recordemos, como buen ejemplo, las palabras de agradecimiento de Francisco Plata a nuestra amiga Lily Litvak, en su tesis doctoral: “Y vaya, en fin, toda mi gratitud, todo mi reconocimiento y todo mi cariño para Lily Litvak, bajo cuya tutela me ha cabido la fortuna de vivir estos maravillosos años de Austin, descubriendo que sus conocimientos, su pasión, su paciencia y su generosidad sin límites son, como dijera Soto de Rojas, “paraíso cerrado para muchos, jardines abiertos para pocos”. Aprecio inmensamente que me haya enseñado a disfrutar lo mismo de un poema de Manuel Machado que de una samba brasileña, de un cuadro de Regoyos que de una buena comida; pero, por encima de todo, valoro la amistad que me ha ofrecido: ningún título académico puede reemplazar semejante tesoro”, en *La novela del artista; el kinstlerroman en la literatura española finisecular*, The University of Texas at Austin, 2009, consultado en <http://www.lib.utexas.edu/etd/d/2009/plataf74100/plataf74100.pdf>.

9 Apud Manuel Rodríguez Espejo, *Tres planes inéditos de educación pública en la Lucena de 1813*, pról. Antonio Cruz Casado, Lucena, Excmo. Ayuntamiento, 2002, p. 144.

No tenemos espacio para detenernos en esta ocasión en un análisis detallado de las relaciones entre Burell y Canalejas, esbozadas sabiamente y de primera mano en el artículo que prologamos; el primero indica que con sólo dieciséis años figuraba ya como secretario de la sección de literatura del Ateneo de Madrid, en la que era presidente el profesor lucentino, por lo que tal hecho habría que situarlo hacia 1875. Sabemos que en torno a esos años el juvenil Burell escribía, puesto que hacia 1879 preparaba un libro de poemas, del que nos ha llegado alguna muestra<sup>10</sup>.

En fin, no se cumple en este caso la idea que expresan aquellos trágicos versos de García Lorca, referidos a su amigo muerto, el torero Ignacio Sánchez Mejías, “como todos los muertos que se olvidan / en un montón de perros apagados”<sup>11</sup>, sino que don Julio manifiesta claramente su agradecimiento y su valoración positiva de las cualidades de don Francisco de Paula<sup>12</sup>, tal como podrá comprobar el lector en el artículo siguiente.

“Efemérides ilustres”<sup>13</sup>. Francisco de Paula Canalejas. Palabras de recuerdo.

Entre mis recuerdos de la primera juventud ninguno tiene el prestigio y el fervor admirativo y respetuoso de que se acompaña ese nombre. Era D. Francisco de Paula Canalejas, presidente de Literatura en el Ateneo, y yo, con mis diez y seis años, sentábame a su lado, desempeñando la secretaría con el muy luego académico ilustre Sánchez Moguel. La primera cuartilla que yo emborronara, la primera excursión que yo hiciera a los dominios mil veces explorados y siempre misteriosos de las humanas letras, tuvieron por advocador y crítico paternal a aquel hombre de aspectos grave, extremadamente serio y melancólico, en quien la bondad llegaba a confundirse con candores de niño, y en quien la palabra dulcemente aconsejadora era como infalible sentencia despidiendo clara y serena luz.

10 Cfr. Antonio Cruz Casado, “El señor ministro no es un golfo. La huella de Julio Burell en *Luces de Bohemia* (1920), esperpento de Valle-Inclán”, en AAVV., *Retorno al café de Fornos. Sesquicentenario de Julio Burell (1859-2009)*, ed. Manuel Galeote y Antonio Cruz Casado, Iznájar, Letras de la Subbética, 2010, p. 39 y pp. 44-47 (edición del poema). Este libro incluye interesantes aportaciones sobre la figura y la época de Julio Burell.

11 Federico García Lorca, “Llanto por Ignacio Sánchez Mejías”, *Obras completas. Poesía*, ed. Miguel García-Posada, Barcelona, Círculo de Lectores, 1996, p.624.

12 Entre la bibliografía reciente sobre el personaje, cfr. Luis Fernando Palma Robles, “Notas genealógicas sobre los Canalejas lucentinos”, *Angélica. Revista de Literatura*, 5, 1993, pp. 35-37; Antonio Cruz Casado, introd. a Francisco de Paula Canalejas Casas, *Los Autos Sacramentales de don Pedro Calderón de la Barca*, Lucena, Excmo. Ayuntamiento, 2002, pp. 9-37; Juan Oleza, “El discurso liberal y el teatro antiguo español. Francisco de Paula Canalejas”, en *Homenaje a Luis Quitante. Vol. II. Estudios filológicos*, Valencia, Universidad, 2003, pp. 267-276; Luis Fernando Palma Robles, “La Lucena de 1873 y la familia de Federico Canalejas y Fusteguerras: una segunda aproximación”, en Antonio Cruz Casado, ed., *Bohemios, raros y olvidados*, Córdoba, Diputación Provincial / Ayuntamiento de Lucena, 2006, pp. 381-402; Juan Palma Robles, “Don Francisco de Paula Canalejas Casas: semblanza de un lucentino numerario de la Real Academia de la Lengua”, en *Crónica de Córdoba y sus pueblos*, XIV, ed. Juan Gregorio Nevado Calero, Córdoba, Diputación, 2008, pp.199-218, etc.

13 *Heraldo de Madrid*, primera página (y primera columna del primer texto del periódico), del núm. 1275, correspondiente al viernes, 4 de mayo de 1894; grafía actualizada. Va acompañado el artículo de una representación a plumilla de don Francisco de Paula Canalejas Casas. Lamentamos no disponer de más espacio (ni de tiempo) para anotar adecuadamente las referencias culturales del texto, muy comprensibles por otra parte..

Yo recuerdo también a aquel maestro insigne, en su cátedra de la Universidad. Guardaba en ella, no la rigidez doctoral, la majestad de la pura y libre ciencia ateniense, indagación impersonal de las cosas eternamente bellas y eternamente espirituales, amor de la verdad por la verdad misma, noble afición del alma a las cosas que no han de ir jamás confundidas en el obscuro y revuelto río de los sucesos humanos. Canalejas en su cátedra parecía continuar con elocuencia y estro felices el inmortal diálogo socrático.

Ni la ritualidad académica, ni el mísero libro de texto, ni la mezquina exégesis, ni el “magisterismo” externo y árido, tenían nada que hacer con aquel ponderado y hermoso espíritu que en las aguas platónicas bebía como en su propio manantial. Nada de la ruina y mecánica “lección” en que la memoria batalla y el gran resorte intelectual se enmohece: D. Francisco de Paula Canalejas, entre sus alumnos, no era el temido dómine, con sus cuatro menudencias de manual; aparecía engrandecido y transfigurado, representación viva y sensible de la filosofía y del arte... Con su chaquet ajustado, con subota de charol y sus gafas azules, con su busto demasiado rehecho, con la sencillez que ponía en el ademán y en las primeras palabras de la oración, el gran maestro de la ciencia y el gran dominador del verbo no podía recordar a los sublimes interlocutores del *Fedón*.

Y, sin embargo, cuando aquella palabra de reposo en reposo y de medida en medida, adquiría su tono propio y singular; cuando el calor llegaba al grado en que sin esfuerzo se producía la luz; cuando el orador y el filósofo acababan de desprenderse de todo lo accesorio y circunstancial, todo ruido se apagaba, toda visión del presente se desvanecía, y a pesar de las gafas azules y del chaquet ajustado, y del busto obeso, y de las botas de charol, y de aquellas paredes húmedas y ennegrecidas del aula, y de aquellos bancos muy honrados, pero muy duros, algo de la sagrada antigüedad helena pasaba como un relámpago de gloria, y una bocanada de aire de Atenas parecía oxigenar la atmósfera y el alma...

Y más que filósofo y sobre todas las cosas era orador incomparable D. Francisco de Paula Canalejas. Pero orador lo mismo admirado en la tribuna académica y universitaria que en la del Parlamento, ocurrióle empero cosa igual que Moreno Nieto en la política. Si fue querido y ensalzado, no fue temido; si un día tuvo la representación de la mayoría radical, y otro estuvo a punto de salvar con sus esfuerzos y su consejo la República uniendo a Castelar y Salmerón, lo cierto es que, muy aplaudido y muy respetado en su tribuna parlamentaria, su “reino no era aquél”, porque él iba a la política con amor y sin odio, como podía ir a su cátedra; y en la vida pública, si el amor es una fuerza, el odio es una palanca...

Donde hay que buscar a Canalejas es en la Universidad, en el Ateneo y en sus libros. Allí se explayaba. Allí era él y sólo él, con su pureza de pensamiento, con su alta y poderosa idealidad. Y artista supremo, con sensibilidades estéticas extraordinarias, si en la oración académica las mismas abstracciones metafísicas se adornan de una exquisita gala exterior y de un ropaje de fiesta, en el libro escrito para la juvenil inteligencia, el mismo espíritu de orden y de belleza acéntrase de modo que la obra, acaso limitada en un principio a simple guía escolar, llega a todas las profundidades de la ciencia y se hermosea con una forma definitiva y espléndida.

Por todas las manos han pasado sus estudios de *Literatura general*... Allí ha comenzado para todos la información de la árida enseñanza en arte y en elocuencia. A todos los que hoy nos movemos en este o aquel orden de vida llegó el eco de aquella voz estremecido con la vibración de las ideas puras... Y la disciplina antigramatical del krausismo y el vigor metafísico y la costumbre misma de la palabra no pudieron entorpecer el vuelo de aquel pensamiento, siempre ansioso de aire y de luz, ni corromper el gusto natural de aquel escritor máximo... Él pone la pluma para los niños, con el pulso, el número y el estro que el verdadero genio de la lengua pudiera emplear para todas las generaciones.

Él habla de Dios, de la verdad y de la belleza, como si sólo en esos amores se consumiera el mundo. Él cree y espera, adoctrina y ama... Recordémosle en este aniversario de su tránsito a lo eterno; con sólo recordarlo ya está de derecho enaltecido, porque los largos días pasados sobre su sepultura no han podido borrar la grandeza moral del hombre ni la obra imperecedera del maestro.

*Julio Burell*".





**Iltre. Asociación Provincial Cordobesa  
de Cronistas Oficiales**



**Diputación  
de Córdoba**